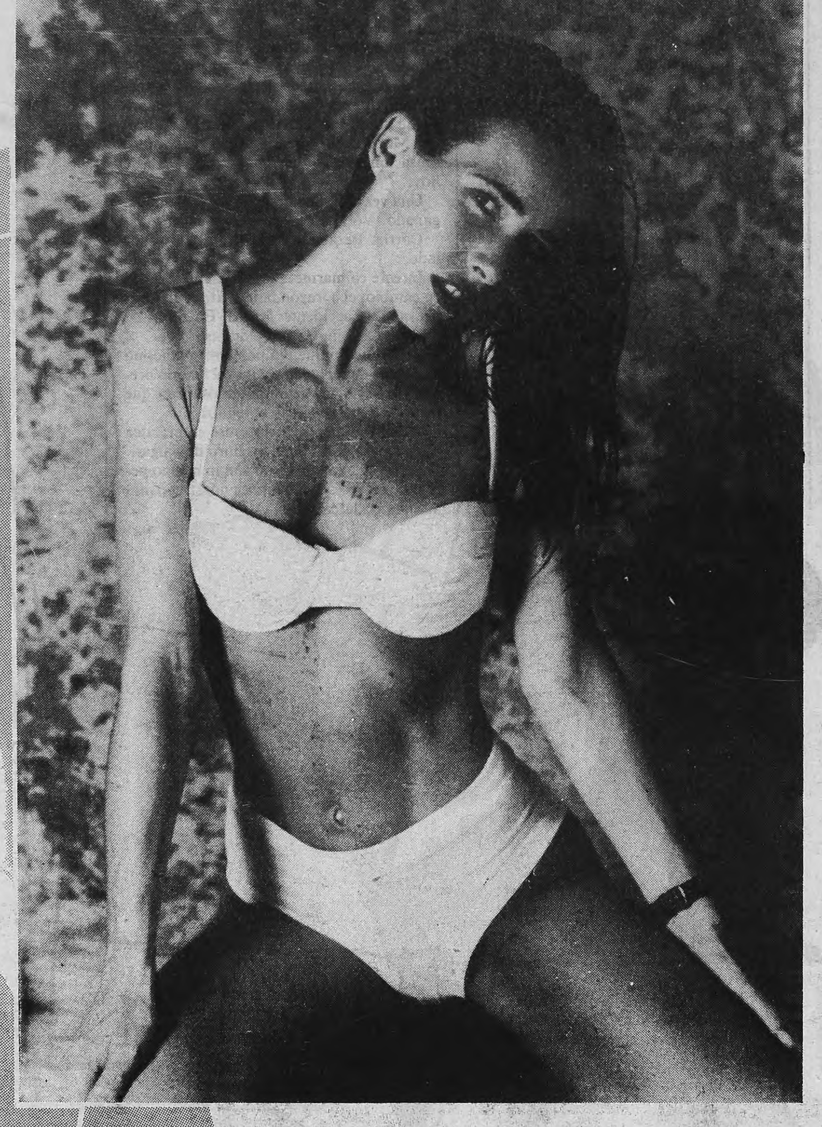
GRANDES PLANES

(*Por Adriana Schettini*) Está decidido: el comienzo de marzo es el tiempo propicio para poner en marcha la revolución. El año empieza en enero por simple capricho del calendario. Pero el Big Bang de sus vidas sucederá en los próximos días. Como cada verano, con las neuronas recostadas en la arena, bucearon durante semanas en el mar de sus deseos postergados y los grabaron a fuego en sus agendas. Esta vez va en serio. Han vuelto a la ciudad con la voluntad trabajada como el músculo de un atleta y están dispuestos a arremeter como toros contra la cordillera de dificultades que una y otra vez se interpone entre ellos y sus anhelos.

De pie frente al espejo del botiquín, practican un autofondo-de-ojo y disecan el nudo de asignaturas pendientes que llevan enquistadas en las tripas desde el lustro pasado. Con la frialdad de un cirujano se juran extirpar las frustraciones de una vez y para siempre. En marzo Buenos Aires se convierte en un muestrario de ciudadanos empeñados en tomar las riendas de sus propios destinos.

Un matrimonio que parecía haber sacado carnet de veraneantes vitalicios en Mar del Plata, se promete que en la próxima temporada cambiará los atardeceres con mate y termo en la Bristol por un viaje plagado de aventuras: un safari por el Africa o un par de semanitas mochila al hombro, apunándose en Perú o sorteando el cólera en Bolivia. Una actriz incipiente se jura que antes del 18 de mayo conseguirá que la entrevisten para una revista del corazón, aunque para alcanzar su objetivo tenga que hacer un striptease en la puerta de la cancha de River cuando jueguen el primer partido contra Boca; inventarse una noche de pasión y desenfreno con un extraterrestre, o demostrar que Satanás le escribe cada viernes pidiéndole casamiento. Un ingeniero de respuestas monosilábicas amenaza por trigésima vez con ponerse a estudiar inglés hasta hablarlo con una fluidez que deje estupefactos a sus colegas yanquis en el próximo congreso en Washington. Una ama de casa con trastornos crónicos en la vesícula asegura que este año entregará su cuerpo al cirujano, mansa como un cordero. Un cronista de poca monta se decide a provocar un cataclismo televisivo con una entrevista exclusiva juntando al bueno de Clinton y al rebelde de Salman Rushdie en amena charla de living. Una víctima del complejo de Edipo se dispone a despellejar su trasero en el diván del analista para meterse de vuelta en el útero materno y hacerle chapa y pintura a su inconsciente. El presidente de la comisión del consorcio perjura que a más tardar en junio se cambiará el empapelado de los pasillos y se le apretarán las clavijas al portero para que por lo menos una vez por semestre sacuda el polvo acumulado en las escaleras. Un adicto al bife de chorizo se propone seguir una dieta vegetariana con rigor prusiano. Un cuarentón desencantado se dispone a unirse a las huestes de la militancia ecológica y salvar a las ballenas con la misma convicción con la que quiso redimir a los pobres en los setenta. Una secretaria de cabotaje encuentra consuelo en su determinación de viajar a París atravesando el Atlántico a nado si es preciso.

A poco andar, el infierno cotidiano les sembrará de escollos el camino al paraíso. Algunos responderán con un súbito ataque de hipertensión, un embrión de úlcera o una depresión en ciernes. Los más sabios acudirán al promocionado "take it easy" —la versión publicitaria del determinismo filosófico— y dejarán que los avatares de lo que Isabel Allende dio en llamar plan infinito, los lleve por insospechados caminos que conduzcan vaya uno a saber dónde. Aunque más no sea, a las playas de Villa Gesell, donde el próximo verano volverán a trazarse un destino de grandeza.



Laura Marianosky, Agencia de Modelos ELENCOS



Por Víc

Víctor Kesselman (Buenos Aires, 1948) supo ser periodista gráfico e itinerante, director de teatro ligeramente underground y la lista continúa. En la actualidad tiene y dirige una productora de cine publicitario. El relato que aquí aparece es la segunda parte de "Midnight Moishe", saga de proporciones intimidantes de la cual ya reveló —en este mismo espacio, a esta misma hora, el año pasado— la dolorosa historia "Muelas de juicio".

En un rato va a estar lista la cena. Vivian era la mujer de Edward. Los había conocido en Amsterdam y alguna vez los visité en Nueva York. Ahora vivían en Woodstock y él viajaba tres veces por semana en un viejo Rambler canadiense (con cambios, parecido a los argentinos) de Woodstock a Manhattan para trabajar en una clínica.

Ah, mi amigo era psicólogo. Tal vez lo siga siendo, aunque creo que en realidad lo que le gustaba era ser mantenido en dulce espiritualidad por Vivian. O mejor dicho por la familia de Vivian. Una familia tradicional de N.Y., aparentemente con bastante plata.

Vivian era psicóloga y trabajadora social, pero ahora se dedicaba simplemente a trabajar sobre sus hijos. Sobre todo con el más chico, que —socialmente— gritaba más de la cuenta.

Era fin de invierno y todavía hacía bastante frío.

—¿Por dónde se puede ir a caminar? —pregunté.

—Por donde quieras...

—Ya sé, me refiero a un camino lindo, con árboles. Well, you know...

—Saliendo por la puerta del jardín es todo bosque —contestó ella.

...todo bosque. Pensé que exageraba (¡qué sabrás de bosques vos!). Por lo cual una sonrisa interna acompañó mi salida por la puerta de atrás y me puso a caminar con la seguridad que da la ironía. El viento frío me daba en la cara y un casi sano sol de invierno hacía más histórico todo. "Acá estoy en Woodstock. Acá pasaron cosas. Y yo estoy acá. *See me mama*, miráme en Woodstock..."

Había pasos crujientes entre las ramas secas. Había luz que filtraba entre los árboles.

Y, ¡oh!, copos de nieve. Había comenzado a nevar suavecito. Emocionante. Todo era una película muy bien filmada y el actor era yo.

Podía ver mis primeros planos, fundidos con macros de naturaleza... Lo único que no andaba demasiado bien era ese superabrigo que me habían regalado en Amsterdam.

Era para un nórdico alto y yo era un latino chico. Un alfeñique de 55 kilos que parecía un badajo metido en una campana de cuero de descarne. La película se completa con una chica que pasa a caballo para luego perderse entre los árboles. Mentira. Ella iba hacia algún lugar que seguramente conocía bien. Calentito y preciso. Yo era el que iba a perderse entre los árboles unos instantes más tarde.

Más nieve, qué lindo. Menos luz, qué lindo.

Menos luz; inquietante. Más nieve. ¿Qué frío? Qué frío.

Era hora de volver. Por lo tanto, con la foto instantánea de esa cena americana suculenta que me estaba esperando, giré mis pasos y emprendí la vuelta.

La vuelta era eso. Una vuelta, otra vuelta... y así. Al cabo de unos minutos me di cuenta de que no tenía la menor idea de adónde estaba yendo. Todo igual. Todo bosque. Mi amiga tenía razón.

Asustado como estaba, me puse a correr sin pensar, pensando que el deseo me iba a llevar hacia un lugar que era el correcto.

Correcto. No lo era. Una vez más, la acción por la acción misma, disparada esta vez por el leve batir —durante una fracción de segundo— de un gen. El de la abuela polaca superviviente que intentaba señalarme una vez más que lo mejor contra el frío era no quedarse quieto.

Yo tenía mucho frío. Y estaba inquieto. Cumplí.

Cuando paré de correr tenía menos frío pero seguía estando en un lugar muy parecido al de unos minutos atrás.

Otra cosa que había visto en las películas es que los perdidos se suben a un árbol para poder ver dónde están.

La poca luz que quedaba me permitió trepar muy incómodamente por el tronco de un árbol. No fue difícil. Las ramas permitían un ascenso veloz a cambio de rasparme las manos y pincharme la cara: una ganga. El árbol era mucho más alto de lo que parecía y me agotó.

Llegué a la copa.

Y lo único que vi fueron otras copas, otros árboles.

Es decir, no vi nada. Pero en cambio, sentí. Sentí que era una especie de idiota tratando de imitar los más evidentes tics culturales. Me vi perteneciendo a una raza inútil, sensación que me persigue hasta el día de hoy.

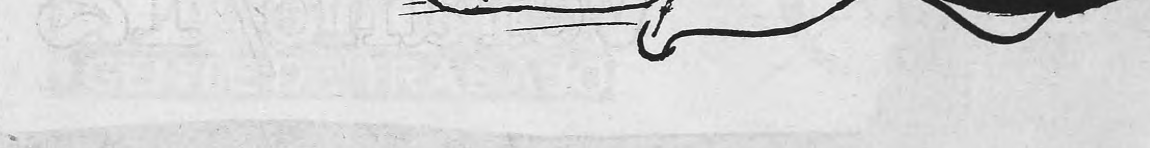
Una vez abajo, la desesperación me había ganado. Volví a correr.

Corría. Paraba. Corría. Miraba a todos lados.

Intenté calmarme. No me calmé. Sentía, en cambio, el corazón latir y latir. Mientras pensaba en accidentes leídos. En zonas de noticias. Así mueren los idiotas.

Pensamiento que tampoco me abandonó a lo largo de mi vida, aunque el tenerlo presente lo único que hizo fue demostrarme que no toda experiencia es aprendizaje.

Finalmente, en silencio, puse en práctica algo que había leído en un libro de Salgari. O de Verne. Ya sé que no son lo mismo pero muchas veces se me funden dos, tres o más autores en la cabeza.



CENA EN WOODSTOCK

Por Víctor Kesselman

Víctor Kesselman (Buenos Aires, 1948) supo ser periodista gráfico e itinerante, director de teatro ligeramente underground y la lista continúa. En la actualidad tiene y dirige una productora de cine publicitario. El relato que aquí aparece es la segunda parte de "Midnight Moishe", saga de proporciones intimidantes de la cual ya reveló —en este mismo espacio, a esta misma hora, el año pasado— la dolorosa historia "Muelas de juicio".

En un rato va a estar lista la cena. Vivian era la mujer de Edward. Los había conocido en Amsterdam y alguna vez los visité en Nueva York. Ahora vivían en Woodstock y él viajaba tres veces por semana en un viejo Rambler canadiense (con cambios, parecido a los argentinos) de Woodstock a Manhattan para trabajar en una clínica.

Ah, mi amigo era psicólogo. Tal vez lo siga siendo, aunque creo que en realidad lo que le gustaba era ser mantenido en dulce espiritualidad por Vivian. O mejor dicho por la familia de Vivian. Una familia tradicional de N.Y., aparentemente con bastante plata.

Vivian era psicóloga y trabajadora social, pero ahora se dedicaba simplemente a trabajar sobre sus hijos. Sobre todo con el más chico, que —socialmente— gritaba más de la cuenta.

Era fin de invierno y todavía hacía bastante frío.

—¿Por dónde se puede ir a caminar? —pregunté.

—Por donde quieras...

—Ya sé, me refiero a un camino lindo, con árboles. Well, you know...

—Saliendo por la puerta del jardín es todo bosque —contestó ella.

...todo bosque. Pensé que exageraba (¡qué sabrás de bosques vos!). Por lo cual una sonrisa interna acompañó mi salida por la puerta de atrás y me puso a caminar con la seguridad que da la ironía. El viento frío me daba en la cara y un casi sano sol de invierno hacía más histórico todo. "Acá estoy en Woodstock. Acá pasaron cosas. Y yo estoy acá. *See me mama*, miráme en Woodstock..."

Había pasos crujientes entre las ramas secas. Había luz que filtraba entre los árboles.

Y, ¡oh!, copos de nieve. Había comenzado a nevar suavecito. Emocionante. Todo era una película muy bien filmada y el actor era yo.

Podía ver mis primeros planos, fundidos con macros de naturaleza... Lo único que no andaba demasiado bien era ese superabrigo que me habían regalado en Amsterdam.

Era para un nórdico alto y yo era un latino chico. Un alfeñique de 55 kilos que parecía un badajo metido en una campana de cuero de descarne. La película se completa con una chica que pasa a caballo para luego perderse entre los árboles. Mentira. Ella iba hacia algún lugar que seguramente conocía bien. Calentito y preciso. Yo era el que iba a perderse entre los árboles unos instantes más tarde.

Más nieve, qué lindo. Menos luz, qué lindo.

Menos luz; inquietante. Más nieve. ¿Qué frío? Qué frío.

Era hora de volver. Por lo tanto, con la foto instantánea de esa cena americana suculenta que me estaba esperando, giré mis pasos y emprendí la vuelta.

La vuelta era eso. Una vuelta, otra vuelta... y así. Al cabo de unos minutos me di cuenta de que no tenía la menor idea de adónde estaba yendo. Todo igual. Todo bosque. Mi amiga tenía razón.

Asustado como estaba, me puse a correr sin pensar, pensando que el deseo me iba a llevar hacia un lugar que era el correcto.

Correcto. No lo era. Una vez más, la acción por la acción misma, disparada esta vez por el leve batir —durante una fracción de segundo— de un gen. El de la abuela polaca superviviente que intentaba señalarme una vez más que lo mejor contra el frío era no quedarse quieto.

Yo tenía mucho frío. Y estaba inquieto. Cumplí.

Cuando paré de correr tenía menos frío pero seguía estando en un lugar muy parecido al de unos minutos atrás.

Otra cosa que había visto en las películas es que los perdidos se suben a un árbol para poder ver dónde están.

La poca luz que quedaba me permitió trepar muy incómodamente por el tronco de un árbol. No fue difícil. Las ramas permitían un ascenso veloz a cambio de rasparme las manos y pincharme la cara: una ganga. El árbol era mucho más alto de lo que parecía y me agotó.

Llegué a la copa.

Y lo único que vi fueron otras copas, otros árboles.

Es decir, no vi nada. Pero en cambio, sentí. Sentí que era una especie de idiota tratando de imitar los más evidentes tics culturales. Me vi perteneciendo a una raza inútil, sensación que me persigue hasta el día de hoy.

Una vez abajo, la desesperación me había ganado. Volví a correr.

Corría. Paraba. Corría. Miraba a todos lados.

Intenté calmarme. No me calmé. Sentía, en cambio, el corazón latir y latir. Mientras pensaba en accidentes leídos. En zonas de noticias. Así mueren los idiotas.

Pensamiento que tampoco me abandonó a lo largo de mi vida, aunque el tenerlo presente lo único que hizo fue demostrarme que no toda experiencia es aprendizaje.

Finalmente, en silencio, puse en práctica algo que había leído en un libro de Salgari. O de Verne. Ya sé que no son lo mismo pero muchas veces se me funden dos, tres o más autores en la cabeza.

En fin me dediqué a escuchar. Por suerte uno de cada diez errores* que se cometen, comete a su vez, el error de dejar de serlo, cambia de signo y nos salva con su resultado.

Se oía el ruido del agua, allá vamos. Allá vamos. Si hay agua, hay un río y si hay un río, lo sigo y hacia algún lado me llevará.

Puesto en vertical:

Si hay agua, hay un río
y si hay un río lo sigo
y hacia algún lado me llevará.

Suena como el lugar común de una zamba argentina.

Sin embargo, para decirlo en zamba, dio sus frutos. Al cabo de un tiempo de marcha, di con el agua y di con el río. Y efectivamente, me llevaba hacia algún lado.

El tema es que los bordes eran de laja y yo resbalaba permanentemente. Prácticamente tenía que nadar caminando sentado, es decir, con el culo frío y los pies húmedos.

A lo lejos, las prometedoras luces de una carretera indicaban que me estaba aproximando a la civilización.

—¡Cómo nieva! Maldición.

Y pensar que acá pasaron cosas importantes. ¡Woodstock...! Y yo haciendo el papelón. Escribiendo la historia con el culo frío y la mente confusa versión bastarda de la recomendación guerrera: "La mente fría y el corazón caliente".

Cansado, húmedo y con el abrigo "campana" absolutamente mojado, fui trepando, esta vez por las tuberías heladas que estaban debajo del puente hasta alcanzar la ruta.

Creo que no apareció ninguna rata, porque hacía tanto frío que sólo a un idiota se lo ocurriría estar a esa hora en ese lugar.

¿Qué lugar?

Estaba en una carretera iluminada por la que no pasaba nada ni nadie. Algo me decía que tenía que ir hacia la derecha, por lo tanto, comencé a caminar hacia mi izquierda.

Al cabo de un rato, se veían algunas luces. Las de una casa al costado de la carretera.

Llegué y toqué timbre. No, mentira. No había timbre. Golpeé.

Una a una fueron apareciendo detrás del mirador de la puerta las caras de distintas personas. Cada cara preguntaba: ¿Quién es?

Y al cabo de un tiempo de oír mi historia, llamaban a otra cara para que la oyera.

Esto me llevó a empezar mi historia varias veces. Lo único en común que tenían estas caras era la edad. Todas correspondían a personas absolutamente viejas. Algunas —descubrí más tarde— seniles. Otras sordas.

Por fin, di con un abuelo que tenía aire de tener casi todas sus funciones en orden. Me entendió. Pero estaba demasiado lúcido. Sospechaba que yo podía ser un asaltante y, por lo tanto, no me dejaría pasar tan fácilmente.

Le tuve que jurar y convencer de que yo era bueno. Pero eso no fue todo. Cuando me dejó entrar, para permitirme hacer una llamada —y bajo la mirada de algo así como veinte viejos— me di cuenta de que no sabía adónde llamar.

En Woodstock no sabía ni el teléfono ni la dirección de Vivian.

Sólo recordaba a mi amigo diciéndome entre risas que el teléfono de sus suegros en Manhattan era tan fácil que todo el tiempo llamaban maníacos para hacer chistes y que estaban pensando en cambiarlo. Pero era 650 65065 o 75075075... 850 85085...?

Esto era como encontrarme en un callejón oscuro con pi-radio al cuadrado, 3,1417... eeeettttteeee (efecto eco).

Tuve que anunciar que iba a llamar a Nueva York. Larga distancia. Sabía que la autorización podía llegar a demandar una asamblea en el geriátrico. Por suerte, no fue así. Un billete de diez dólares que quedaba en mi bolsillo, alguna de mis voces conmovedoras y la perspectiva del viejo de la neurona lúcida de quedarse con el vuelto hicieron la cosa fácil.

Sólo quedaba acertar el número, al que llamaban los enfermos y maníacos siempre y cuando no lo hubieran cambiado.

Por supuesto, los viejitos no sabían nada, así que yo simulaba en los números que iba errando, una mala comunicación. Desperfectos técnicos. Cualquier cosa parecida a los teléfonos argentinos.

Por fin, se dio. Le expliqué a la madre de Vivian lo que había pasado y le pedí el número de su hija. No me creyó demasiado. Sonaba a historia de fumado.

De cualquier manera, logré comunicarme con Vivian en el momento en que el sonido de un helicóptero cercano hizo levantar las cabezas de todos los viejitos.

Nada les gustó más que ver cómo el helicóptero aterrizaba en el jardín. Yo pasé de tarado a héroe. Un *entertainer* que les había posibilitado una suculenta aventura casi sin moverse del sofá.

Todos festejaban. Las luces del coche de mi amiga acercándose al lugar indicaban que finalmente iba a tener mi cena en Woodstock.

No me arrepiento de nada.

Salvo de que no me llevaran de vuelta en helicóptero.

** Warning: La proporción puede cambiar sin previo aviso, según los países y las personas.*

MARTÍN KOVENSKY 1993

…A EN …STOCK

…Kesselman

En fin me dediqué a escuchar. Por suerte uno de cada diez errores* que se cometen, comete a su vez, el error de dejar de serlo, cambia de signo y nos salva con su resultado.

Se oía el ruido del agua, allá vamos. Allá vamos. Si hay agua, hay un río y si hay un río, lo sigo y hacia algún lado me llevará.

Puesto en vertical:

Si hay agua, hay un río
y si hay un río lo sigo
y hacia algún lado me llevará.

Suena como el lugar común de una zamba argentina.

Sin embargo, para decirlo en zamba, dio sus frutos. Al cabo de un tiempo de marcha, di con el agua y di con el río. Y efectivamente, me llevaba hacia algún lado.

El tema es que los bordes eran de laja y yo resbalaba permanentemente. Prácticamente tenía que nadar caminando sentado, es decir, con el culo frío y los pies húmedos.

A lo lejos, las prometedoras luces de una carretera indicaban que me estaba aproximando a la civilización.

—¡Cómo nieva! Maldición.

Y pensar que acá pasaron cosas importantes. ¡Woodstock...! Y yo haciendo el papelón. Escribiendo la historia con el culo frío y la mente confusa versión bastarda de la recomendación guerrera: "La mente fría y el corazón caliente".

Cansado, húmedo y con el abrigo "campana" absolutamente mojado, fui trepando, esta vez por las tuberías heladas que estaban debajo del puente hasta alcanzar la ruta.

Creo que no apareció ninguna rata, porque hacía tanto frío que sólo a un idiota se lo ocurriría estar a esa hora en ese lugar.

¿Qué lugar?

Estaba en una carretera iluminada por la que no pasaba nada ni nadie. Algo me decía que tenía que ir hacia la derecha, por lo tanto, comencé a caminar hacia mi izquierda.

Al cabo de un rato, se veían algunas luces. Las de una casa al costado de la carretera.

Llegué y toqué timbre. No, mentira. No había timbre. Golpeé.

Una a una fueron apareciendo detrás del mirador de la puerta las caras de distintas personas. Cada cara preguntaba: ¿Quién es?

Y al cabo de un tiempo de oír mi historia, llamaban a otra cara para que la oyera.

Esto me llevó a empezar mi historia varias veces. Lo único en común que tenían estas caras era la edad. Todas correspondían a personas absolutamente viejas. Algunas —descubrí más tarde— seniles. Otras sordas.

Por fin, di con un abuelo que tenía aire de tener casi todas sus funciones en orden. Me entendió. Pero estaba demasiado lúcido. Sospechaba que yo podía ser un asaltante y, por lo tanto, no me dejaría pasar tan fácilmente.

Le tuve que jurar y convencer de que yo era bueno. Pero eso no fue todo. Cuando me dejó entrar, para permitirme hacer una llamada —y bajo la mirada de algo así como veinte viejos— me di cuenta de que no sabía adónde llamar.

En Woodstock no sabía ni el teléfono ni la dirección de Vivian.

Sólo recordaba a mi amigo diciéndome entre risas que el teléfono de sus suegros en Manhattan era tan fácil que todo el tiempo llamaban maníacos para hacer chistes y que estaban pensando en cambiarlo. Pero era 650 65065 o 75075075... 850 85085...?

Esto era como encontrarme en un callejón oscuro con pi-radio al cuadrado, 3,1417... eeeettteeee (efecto eco).

Tuve que anunciar que iba a llamar a Nueva York. Larga distancia. Sabía que la autorización podía llegar a demandar una asamblea en el geriátrico. Por suerte, no fue así. Un billete de diez dólares que quedaba en mi bolsillo, alguna de mis voces conmovedoras y la perspectiva del viejo de la neurona lúcida de quedarse con el vuelto hicieron la cosa fácil.

Sólo quedaba acertar el número, al que llamaban los enfermos y maníacos siempre y cuando no lo hubieran cambiado.

Por supuesto, los viejitos no sabían nada, así que yo simulaba en los números que iba errando, una mala comunicación. Desperfectos técnicos. Cualquier cosa parecida a los teléfonos argentinos.

Por fin, se dio. Le expliqué a la madre de Vivian lo que había pasado y le pedí el número de su hija. No me creyó demasiado. Sonaba a historia de fumado.

De cualquier manera, logré comunicarme con Vivian en el momento en que el sonido de un helicóptero cercano hizo levantar las cabezas de todos los viejitos.

Nada les gustó más que ver cómo el helicóptero aterrizaba en el jardín. Yo pasé de tarado a héroe. Un *entertainer* que les había posibilitado una suculenta aventura casi sin moverse del sofá.

Todos festejaban. Las luces del coche de mi amiga acercándose al lugar indicaban que finalmente iba a tener mi cena en Woodstock.

No me arrepiento de nada.

Salvo de que no me llevaran de vuelta en helicóptero.

** Warning: La proporción puede cambiar sin previo aviso, según los países y las personas.*

MARTÍN KOVENSKY 1993

DE COMO NACE LA VOCACION POR LAS ARTES

Un museo de artes plásticas dotado de 5 salas de exposición, una biblioteca especializada en arte con 3000 volúmenes, hemeroteca y diapoteca, más un taller de conservación de obras conforman un patrimonio de 2500 obras en pleno corazón de la provincia

El desarrollo de los medios masivos de comunicación, lejos de desplazar a los medios tradicionales de producción de imágenes, han permitido difundir y formar conciencia de la importancia que éstas revisten desde las múltiples lecturas que de ellas nos propongamos: lo histórico, lo social, lo político, lo religioso, lo antropológico, en fin, lo cultural en su conjunto y, por esto, fuente obligada en la búsqueda y consolidación histórica de nuestra identidad bonaerense.

En la década del 20 se fundó en la ciudad de La Plata el Círculo de Bellas Artes, integrado por artistas y amantes de las artes plásticas. Bajo la presidencia del doctor Ernesto Rivarola, el Círculo de Bellas Artes promovió un movimiento de opinión tendiente a lograr la creación de un Museo de Bellas Artes, propósito que contó con la osadía de Ernestina Rivademar como uno de sus principales protagonistas.

La iniciativa del Círculo de Bellas Artes, fue recogida por el Poder Ejecutivo el que, de manera inmediata, creó el Museo Provincial de Bellas Artes por decreto del 18 de febrero de 1922, encomendando su organización a una comisión, que lo inauguró el 29 de abril de 1922. Poseía 52 obras expuestas en las salas de planta baja y primer piso. Para esta ocasión su primera directora, Ernestina Rivademar, auxiliada por la Comisión del Museo, reunió las 48 obras de la colección Sosa que se encontraban dispersas y 4 obras adquiridas por el gobierno provincial; 3 óleos y 1 escultura del artista argentino Guillermo Fernández Villanueva.

Durante los primeros años tuvo como sede las instalaciones del hoy desaparecido edificio del diario *Buenos Aires*. En ocasión de designarse a Emilio Pettoruti presidente del Museo —1932—, se reabren su puertas en el Pasaje Dardo Rocha, acrecentándose la Colección con una perspectiva nacional, con artistas enrolados en las corrientes vanguardistas de la época.

En 1949 el Museo se traslada al casco de la estancia Pereyra Iraola hasta que 10 años más tarde guarda definitivamente residencia en las salas del ex cine Güemes, sito en la calle 51 Nº 525 de La Plata.

Las artes plásticas como actividad cultural autónoma se instalan definitivamente en nuestro país en la segunda mitad del siglo XIX, ya sea en una línea que podríamos llamar internacionalista, vinculada a un modelo de progreso y que coincide con la historiografía tradicional, o en otra vinculada al proceso inmigratorio de finales del siglo XIX, que despertó en los estratos populares la inquietud hacia las artes plásticas.

El comienzo del desarrollo de estas artes en la provincia de Buenos Aires, que crecieron o cambiaron su fisonomía con el aluvión inmigratorio, es casi común a todos. A finales del siglo XIX o comienzos del XX llegan al pueblo inmigrantes con conocimientos de pintura o alguna actividad plástica que junto con la decoración de casas o el proyecto y construcción de las mismas abren talleres. Entre los alumnos que acudían a los mismos aparece algún aprendiz con vocación y habilidades definidas como Francisco De Santo en La Plata, Ernesto Valor en Tandil o Juan Carlos Miraglia en Bahía Blanca.

Estos maestros (Pagneux y Montesinos en La Plata o Domingo Pronsato en Bahía Blanca), que habían cruzado el océano con las mismas ilusiones y dificultades que algunos de sus discípulos, venían impregnados con la estética del romanticismo, fundamentalmente en el género del paisaje —Pagneux, *Jour de Printemps*, Colección Museo Prov. de Bellas Artes—. Con ellos se incorporaban los rudimentos didácticos de las academias, entre los que aparecía la naturaleza muerta (Fausto Coppini, *Naturaleza muerta*, MNBA) y alguna que otra pintura histórica (Antonio del Nido, *Viva la Patria*, MPBA). En los ámbitos anarquistas de los suburbios industriales, comenzó a desarrollarse la temática sociopolítica a partir de la gráfica (Adolfo Bellocq, *Xilografías para historia del arrabal* de Manuel Gálvez).

Finalmente, entrado el siglo XX cuando desde el Estado —municipal o provincial— surge la necesidad de formar comisiones de promoción cultural, se crean las instituciones oficiales —museos, escuelas, etc.— con el aporte de coleccionistas privados que donan sus obras.

En este ámbito, más el trabajo en los talleres, circularán las obras, los artistas y las teorías. Se incorporarán elementos de la línea internacional, pero de manera lenta y selectiva. Lo más destacado es que no se sustituyen estéticas sino que se acumulan. Así es como conviven el paisaje romántico (Juan Carlos Miraglia, *Suburbios de Avellaneda*, MPBA), con impresionistas (Aníbal Ortega, *Impresión de Trenque Lauquen*, MPBA) o naturalezas muertas de bodegones (Hugo Garbarini, *Jarrón con flores*, MPBA) con algunas cubistas (Juan Cruz Mateo, *Ajedrez*, MPBA). *Combate de San Lorenzo*; Antonio del Nido, *Viva la Patria;* Graciano Mendilaharzu, *Adolfo Alsina*, Angel María de Rosa; *Cabeza de Niña*, bronce. Su patrimonio inicial estaba constituido por la Colección Gobierno de la Provincia antes mencionada y por la Colección Juan B. Sosa donada por el coleccionista en el año 1877 al gobierno de la provincia de Buenos Aires con la condición de que sirviera de base para la futura creación de un museo público de arte. Integrada por óleos coleccionados entre 1865 y 1877, las obras pertenecen casi en su totalidad a artistas europeos, salvo una obra de autor argentino titulada *Pescador* de Prilidiano Pueyrredón. Las distintas comisiones, que a partir de 1926 recibieron el nombre de Comisión Provincial de Bellas Artes, desarrollaron una encomiable labor de promoción de las artes plásticas bonaerenses. En estrecha colaboración con el MPBA organizaron desde 1922 el Salón anual de La Plata, reservado a artistas residentes en la provincia de Buenos Aires. El Museo acrecentó su patrimonio artístico durante sus primeros años de funcionamiento con una clara política orientada por el principio de regionalización de su coleccionismo. Los fondos de las adquisiciones partían del gobierno provincial. Aparte de los salones, el patrimonio se acrecentó con donaciones privadas y de los mismos autores.

Entre las principales piezas del acervo artístico figuran obras de Rugendas, Líbero Baddii Basaldúa, Berni, Butler, Collivadino, Coutaret, Cúnsolo, Curatella Manes, Daneri, Diomede, Fader, Figari, Lucio Fontana, Fórner, Gómez Cornet, Lacámera, Malharro, Martínez Solimán, Pacenza, Pettoruti, Quinquela Martín, Spilimbergo, Soldi, Thibón de Libian, Xul Solar, Yrurtia, etc.



Adolfo Bellocq (1899-1972). El colectivo, Oleo. Museo Provincial de Bellas Artes. El autor formó parte del grupo de Artistas del Pueblo iniciadores del arte social y político argentino. La obra ingresa al patrimonio por donación de Marta de Bellocq en 1974.

Premio Martha A. Salotti

La *Novela para adolescentes* será el tema del concurso que el Fondo Nacional de las Artes dedicará este año al premio Martha A. Salotti.

Las obras presentadas deberán revestir carácter de inéditas, extenderse no más de 150 páginas, tamaño oficio, escritas a máquina y a doble espacio. Asimismo, se recomienda que las mismas sean numeradas.

Los trabajos se firmarán con seudónimo al tiempo que, en sobre aparte, se explicitará el nombre verdadero, domicilio y teléfono, señalando al mismo tiempo el seudónimo utilizado.

Cabe destacar que en el remito deberá aparecer únicamente el seudónimo.

Los autores podrán presentar sus obras personalmente o por correo al Instituto Summa, Yerbal 65, código postal 1405, Capital, antes del 31 de marzo.

El primer premio consiste en la edición del libro y una medalla recordatoria, mientras que el segundo se premiará con una medalla y al tercero se le otorgará una mención.

Para una mejor información los interesados se podrán comunicar telefónicamente al Instituto Summa: 901-7118, 99-1671 y 99-2774.



Prilidiano Pueyrredón (1823-1870) Pescador, Oleo. Museo Provincial de Bellas Artes. El autor es uno de los pioneros de la plástica argentina. La obra ingresa al patrimonio del Museo con la donación de Juan Benito Sosa, dueño de la Colección fundadora del Museo.



